

guía por su musa pedigüeña, que se hacía perdonar su cinismo a fuerza de garbo y donosura. Este mismo ángel andaluz lo sabía lucir en academias, vejámenes, sátiras e improvisaciones teatrales. Mientras se esforzaba por arreglar sus asuntos, trampas y deudas con sus sucesivos matrimonios y sus servicios en las casas próceres o a príncipes extranjeros en viaje diplomático, servicios siempre modestos porque carecía de títulos para pretender cargos mayores, entretenía a sus protectores con sus geniales improvisaciones, derrochando el caudal de su ingenio o urdiendo mascaradas y comedias caricaturescas en las fiestas, en colaboración con otros poetas y autores. A veces estallaba su carácter y se iba a las manos con un Soto de Rojas, que tampoco era manco. Pero más a menudo, el buen humor reinaba en tales comedias «de repente», como aquellas que improvisaron ante Felipe IV Calderón, el joven Moreto y Vélez, entre otros ingenios. El asunto era «La Creación del Mundo», y en medio de escandalosos ripios que aludían a travesuras personales, dialogaban Adán y Eva, el primero representado por Calderón. Vélez hacía de Padre Eterno. Y Moreto, al paño, impaciente por salir a escena, de Abel. Y fluían las acarameladas redondillas de amor paradisíaco:

Adán—Eva, mi dulce placer;
carne de la carne mía.

Eva—Mi bien, mi dulce alegría...

Abel—(Asomándose a escena): Estos me quieren hacer.

Mientras, Vélez, para interrumpir la charla de Adán, interrumpía:

*Por el Cielo superior
y por mi mano formado,
que me pesa haber criado
un Adán tan hablador.*

Luis Vélez de Guevara escribe su deliciosa novelita, entre la manera de Cervantes y la de Quevedo, de «El Diablo Cojuelo». Y cuatrocientas, según decían, piezas de teatro. Ninguno de los autores de entonces se acerca tanto al estilo y maneras de Lope como él. Buena parte del brío, del movimiento escénico, de la fragancia exquisita y campestre, de los atisbos geniales para pintar almas en un par de rasgos, de la sensibilidad para adueñarse de los secretos de la poesía tradicional, de la capacidad para transformar en fábula teatral la sustancia poética de un romance o de un cantarillo pasan del maestro al discípulo. A veces, incluso los temas son los mismos. Las serranas vigorosas y de armas tomar se reencuentran, con más energía en Vélez. Por ejemplo, «La serrana de la Vera». Esta terrible tragedia campesina nace de un romance popular entonces. Como de otro que se conoce, precisamente gracias a Vélez, brota otra comedia, «El Príncipe Viñador». Y, como es bien sabido, su obra maestra, «Reinar después de morir», escenifica con profunda delicadeza la leyenda portuguesa de Inés de Castro, y aprovecha otro romance popular:

Dónde vas el caballero, dónde vas, triste
[de ti,
que la tu querida prenda muerta es, que
[yo la vi.

Romance que, cantado de siglo en siglo, fué transformado por las niñas de hace setenta años aplicándolo a Merceditas, la reina muerta de Alfonso XII. Por otra parte, la vitalidad de Vélez y de su tema se acaba de demostrar en nuestros días con la obra de Montherlant, «La Reine Morte», última por ahora de las variaciones del conmovedor asunto.